

EL VIAJE TRANSVERSAL

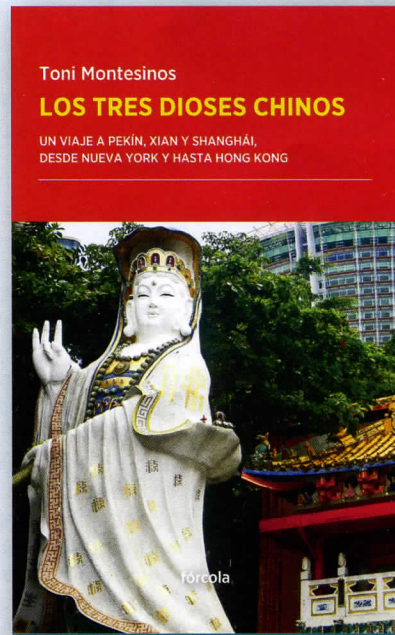
LORENZO LUENGO

Viajar es una experiencia en pretérito. Una vez logramos arrancar nuestro yo convencional de la maraña de las expectativas y acertamos a localizarnos entre la rutina y el asombro, lo que tiene lugar durante el viaje no pasa de ser una simple trasposición en el espacio, pero el suceso real que consideramos la esencia de viajar está en realidad ocurriendo en el futuro: un futuro en el que la emoción cristaliza y cuya radiación, más que el escenario, se convierte en el material mismo del recuerdo.

En general, no me interesan los libros de viajes, como tampoco me interesa la literatura juvenil o la novela histórica. Podría decir que no me interesa casi nada de lo que se publica y acabaría antes. Pero por suerte sigo siendo el mismo maravillado lector que ya era con quince años: puedo quedarme impasible ante un colorido desierto o un templo en mitad de la jungla pero también soy capaz de pasarme las horas desmontando la orfebrería de un párrafo bien labrado... y responder a sus corrientes de belleza con el temblor y la dicha que no puedo dedicar, para mi desgracia, a todo un Niágara o a la fractal diversidad del bosque. Esos ele-

mentos de naturaleza pura y desatada me entusiasman como visiones literarias, como fuerzas que sólo ostentan su cualidad prodigiosa en el momento en que la luz del arte se proyecta sobre la hoja del recuerdo: y aunque esto es declarar una especie de minusvalía en los tiempos del *ah* y del *oh*, de la gloria individual fotografiada en presente a golpe de *selfi*, sostengo que mi capacidad para disfrutarlas se circunscribe a lo que mi talento como escritor –y mi talento como lector– puede hacer con ellas.

Los tres dioses chinos practica esta clase de viaje, donde el movimiento apenas importa. Y practica, además, otra clase de viaje aún mejor: el viaje transversal a lo largo del párrafo, en frases que crecen desde el trémulo bosón de una idea para esparcir metáforas, digresiones y emoción lectora en una calculada sucesión de versos encadenados, cuya compactación no debe hacernos olvidar que nos encontramos, pese a las apariencias, ante un libro de ensimismada poesía. Irradia el deseo de leer este libro y los libros por los que transita: Montaigne, Melville, Stevenson. Concibe con una ternura propia el deseo de Whitman: que quien esté tocando esté libro, esté tocando, en realidad, a un hombre.



LOS TRES DIOS CHINOS

Toni Montesinos

Fórcola. Madrid, 2015

184 págs. 18,50 €